

huellas del pasado, pensó volver á París, pero antes hizo una piadosa visita á Chappelle-aux-Ifs.

En un rincón del cementerio vió una lápida de piedra que solo contenía esta inscripción en letras doradas:

AQUÍ YACE UNA ABANDONADA

MARTIR DEL DEBER

¡ROGAD Á DIOS POR ELLA!

El sacerdote había cumplido religiosamente su encargo.

Margarita Souvray cayó de rodillas sobre la piedra, cubrióse el rostro con las manos y murmuró:

—¡Pobre María Magdalena! ¡Tú has sido la más dichosa de las dos!

SEGUNDA PARTE

EL MISTERIO DE MAILLEPRÉ

I

La confesión

A dos leguas escasas de Bourges, en el partido de Charost, remontando el curso del Cher, se eleva, dominando el valle y en el centro de inmenso coto cubierto de verdura y poblado por árboles centenarios, la imponente masa de un gran palacio antiguo, cuya variada arquitectura representa el capricho de los diversos propietarios que se han sucedido en su posesión.

El parque y el palacio forman parte de uno de los más extensos dominios de Francia, del dominio de Maillepré.

En la tarde del 5 de julio de 1871 podía verse sobre la terraza del palacio, descansando sobre un gran sillón de junco, una mujer, como de cincuenta años, que conservaba la frescura de la juventud no obstante las canas prematuras que cubrían su cabeza y que lejos de afearla hacían resaltar en su moreno rostro los atractivos de la no extinguida belleza y el rayo penetrante de sus ojos. El conjunto de su fisonomía respiraba

benevolencia, pero á la vez revelaba una voluntad enérgica y obstinada.

Vestía un sencillo traje negro y no ostentaba más joya que un anillo por el cual hubiera dado cualquier joyero veinte mil francos sin dificultad.

Esta mujer era la duquesa Blanca de Maillepré, viuda hacía veinte años.

Su marido, el duque Juan de Maillepré, prefería su residencia del Berry por las cárceles, y también por el cariño natural que profesamos al lugar donde hemos nacido ó donde hemos pasado parte de la juventud.

A la muerte del duque, su joven viuda manifestó aversión hacia esta residencia, como si su vista le renovase enojosos recuerdos, y ponía tanto empeño en huir de ella como placer había tenido su esposo en habitarla.

Sin embargo, el mundo, siempre en acecho de escándalos, no conocía ningún motivo de desavenencia en el matrimonio, que había sido á la vez un enlace de conveniencia y de amor, sin que se turbase, aparentemente al menos, la buena armonía ni la paz entre los esposos.

Desde que quedó viuda la duquesa, había vivido muy retraída en su gran hotel de la calle de Santo Domingo, en su palacio de Sena y Oise, cerca de Etampes; pero nunca había vivido en el de Maillepré, al que parecía haber renunciado definitivamente.

Fué, por tanto, una cosa muy extraña para su servidumbre que al principiar la guerra eligiese este palacio para su refugio

durante la nefasta campaña, y que transcurrido un año de residir en él no manifestase intención de abandonarlo, como si la retuviese alguna atracción misteriosa.

Sin embargo, las fiestas eran allí muy raras; la vida, más que tranquila, monótona, dejándose apenas ver cuando trataba de realizar obras caritativas, merced á las cuales no había pobres en el país, y llevando, en lo demás, una vida de completo aislamiento.

Sin embargo, tenía un amigo, que en el momento en que la presentamos se hallaba á su lado, muellemente tendido en un sillón semejante al de ella. Mejor que amigo podría decirse confidente, si madame de Maillepré no le hubiese ocultado la única aventura de su vida, que la había impresionado profundamente.

A parte de esta aventura, que permaneció en el misterio para sus más íntimos servidores, excepto una mujer, la duquesa no tenía secretos para aquel amigo, viejo septuagenario, que á pesar de sus apariencias maliciosas, era la persona mejor y más inofensiva del mundo.

Este hombre, casi tan amo en la casa como su misma dueña, no tenía un nombre aristocrático: se llamaba sencillamente M. Godet, y era hijo del notario que tenían en Paris los Maillepré, y cuyo abuelo, intendente de uno de ellos en la época de la Revolución, había salvado la fortuna de la familia por un elevado rasgo de probidad.

Si el abuelo había salvado la fortuna de los Maillepré, no olvidó por eso la suya, que

fué luego aumentada por el padre de M. Godet, y éste al llegar á viejo sin haber contraído matrimonio, encontrándose dueño de cuantiosa renta, se instaló en casa de madama de Maillepré como un parásito de rara especie.

La duquesa le consideraba y trataba como á un pariente y parecía faltarle algo si dejaba de verle cuarenta y ocho horas. Además, atendía mucho sus consejos, sin los cuales no se resolvía ni el asunto más insignificante.

El anciano se había dormido y la duquesa, no queriendo turbar su reposo, dejó vagar su mirada por las perspectivas del parque; pero á la vez parecía impaciente por el sueño de su amigo Godet.

De pronto este abrió los ojos, sacó una tabaquera y absorbió un polvo abundante, frotándose vigorosamente la nariz. Enseguida miró su reloj.

—Las cuatro y veinticinco minutos—exclamó.—Os dejo, mi querida Blanca.

—¿A dónde vais?

—Derechito á la cuadra á preparar mi paseo. Hoy montaré á Sultán, excelente caballo, dócil como un carnero. Hace un tiempo magnífico. Además, desde que estamos en esta terraza no hemos cambiado cuatro palabras; hace justamente una hora y treinta y siete minutos.

—Es posible.

—¿Podreis explicarme en qué habeis empleado ese tiempo?

—Verdaderamente no lo sé.

—Sin embargo, os he visto preocupada como nunca.

—¿Lo creéis?

—Es un hecho.

El rostro de la duquesa se coloreó ligeramente, y esforzándose por sonreír, respondió:

—Podría quizás explicároslo; pero no veo la utilidad; aparte de que no tendría interés para vos.

Mr. Godet acercó su sillón al de la duquesa y dijo con tono paternal:

—Perdonad, sabeis bien que todo lo que os toca me interesa.

La señora de Maiprellé suspiró sin responder.

—A otra cosa--dijo Mr. Godet.--¿Me podreis decir exactamente, cuánto tiempo estamos encerrados en esta vieja casita, que si no me engaño, os es tan antipática?

—En verdad que no.

—Pues bien, yo lo sé. Llegamos el 16 de agosto del año último, de triste memoria: hoy estamos á 5 de julio, lo que nos da un total de diez meses y diez y nueve días.

—¿Empleais el tiempo en esos cálculos?

Mr. Godet replicó filosóficamente:

—Hay que matarlo como se pueda mientras él toma su desquite. Pero no pienso en eso solamente, pienso tambien en otra cosa, á saber, que al cabo de este periodo, ó mejor dicho, desde nuestra llegada al Berry, estais turbada, febril, inquieta como no os había visto nunca.

Y me pregunto ¿qué puede trastornaros

de ese modo. Cuanto más reflexiono, más me convenzo de que en todo ello hay gato encerrado... Vamos... ¿no pensais por casualidad volver á casaros?

La señora de Maillepré se sonrió.

—Eso,—continuó Mr. Godet,—no se le puede perdonar á una mujer de talento.

—No temais nada.

—Entónces no me explico lo que teneis.

—¿Habeis tenido noticias de Pedro?—preguntó ella.

—¿De vuestro original sobrino? No me hableis de él. Desde que murió la condesa, no puede vencer su preocupación. Su última carta está fechada en Smirna.

—¿Cuándo la habeis recibido?

—Ayer.

—¿Y no me la habeis enseñado?

—¿Para qué? Habéis conseguido de él que reflexione, que viaje, que mude de aires para cambiar de ideas. ¿Y sabéis lo que me dice? Que está decidido en principio, pero que duda todavía entre San Sulpicio y la Trapa. ¿Puede concebirse esto? Llamarse el conde Pedro de Meillant, tener ciento cincuenta mil libras de renta, ser sobrino de la muy alta y poderosa señora Blanca de Maillepré y encerrarse en un claustro, es demencia pura.

—O sublime vocación, amigo mío. Creed que yo no estoy menos afligida...

—¿Pues y yo? Si una criatura le convirtiese á otras ideas, yo la bendeciría y la doctaría espléndidamente.

—¿Pero vuelve?

—No dice nada.

—Esperemos—dijo la duquesa.

En aquel instante se abrió la puerta del vestíbulo y dió paso á una joven de veinte años que apenas representaba quince, pequeña, delgada, de apariencia débil y delicada, sin verdaderos atractivos, distinguiéndose únicamente por sus grandes ojos negros, que despedían el fuego de la fiebre, inquietos, como si buscasen la clave de un enigma. El conjunto de su rostro producía en el alma una sensación dolorosa.

Paseó su mirada profunda á su alrededor, y á una señal de la señora de Maillepré, que la devoraba con los ojos, se aproximó sin temor, pero con negligencia.

—¿No me abrazas, Blanca?—le preguntó la duquesa.

La joven le presentó su frente, recibió el beso que se le ofrecía y que no devolvió, saludó ligera y familiarmente á M. Godet y pasó sin pronunciar una palabra, dirigiéndose al parque. Antes de desaparecer entre los árboles, la duquesa pudo observar que se llevaba el pañuelo á la boca como para sofocar un acceso de tos.

—¿No os inquieta el estado de esta niña?

—preguntó M. Godet, lanzando á la duquesa una mirada punzante como un dardo.—La encuentro muy cambiada desde su salida de la pensión.

—No volverá más á ella.

—Mejor. El aire de París, según mi humilde juicio, no es bueno para lo físico ni para lo moral. ¿La conservaréis á vuestro lado?

--Esa es mi intención.

--¿Y qué pensais hacer de ella?

La duquesa bajó los ojos y no respondió. El viejo la observaba atentamente.

--¿Sabeis lo que me digo en este instante? Que vivo en pleno misterio en esta casa que yo debía conocer al dedillo después del largo tiempo que estoy en ella. Así, hé ahí una niña que he visto crecer, que ha saltado sobre mis muslos, que hemos criado, por la cual me intereso; y, sin embargo, no podría decir de donde viene. Vos la mirais siempre con ojos turbados, suspirando como quien teme perder lo más querido que tiene en el mundo.

La señora de Maillepré se apretó el pecho con las manos.

--Acabais de tocar una de mis llagas-- dijo.--¿Creeis que su estado es grave?

--¡Psch! con las jóvenes no se sabe nunca eso, y además no presumo de médico. Antes Blanca era viva como un lagarto al sol, alegre como una gaita, ahora se ha vuelto pensativa y huraña; busca la soledad y su salud parece ménos firme. Quizás todo eso no es nada; pero es tan débil... ¡estas naturalizas!...

La duquesa estaba pendiente de estas palabras y con los ojos fijos en el apergaminado semblante del malicioso viejo.

De pronto dijo este:

--Después de todo, ¿á qué atormentaros por esto? No es más que la hija de esa pobre Susana, vuestra ayuda de cámara. Solamente me admira que no haya conocido á su padre

La duquesa se mordió los labios; sus ojos despedían fulgores. Su agitación no se ocultaba á M. Godet, que cambiando de tono, prosiguió:

--Ya lo veis; haceis esfuerzos sobrehumanos, luchais por guardar un secreto que quiere escaparse.

La duquesa hizo un último esfuerzo,

--¡Bah!--dijo.

--Un secreto abrumador... una cosa grave, muy grave...

--¡Error!

--Bueno. Entonces--dijo el confidente, aparentando levantarse--¿porqué me habeis hecho perder mi pequeño paseo con Sultán?

--No, quedáos.

Godet se detuvo diciendo:

--Pero será con una condición... Ya os lo he dicho... teneis un secreto, estoy seguro, y un secreto encerrado es como una inflamación. Si revienta hacia dentro, produce la intoxicación, la muerte; hacia fuera es la salvación. Dejad que vuestro secreto salga afuera para curaros. Después de todo, ¿no soy yo un confidente mudo á quien podeis confiarlo todo? Sed, pues, franca y no tendreis por qué arrepentiros.

La señora de Maillepré se pasó la mano por la frente.

--Bien--dijo vivamente.--Teneis razón... Esa niña...

--¡Un poco de valor! ¡Vamos!

--No es hija de Susana...

--Acabad.

--Es mia,